

tiempo de la tentación para contener al enemigo, los que no se hacen durante la paz ; pero cuando él se ha retirado, sino se hacen los mismos esfuerzos, sin embargo no se deja de velar sobre sí y de atenerse á las reglas ordinarias ; considerando que en este mundo se está expuesto en cada momento á la tentación, como sobre la mar uno está expuesto á los oleajes, y con esta fidelidad y esta vigilancia uno está siempre preparado para cuando el enemigo venga á atacarnos.

« Tal fué la conducta de esta bienaventurada virgen. Convencida de que el viento de la tentación sopla cuando uno menos piensa en ello, conducía la barquilla de su alma con mucha vigilancia y singular discreción, por su piedad para con Dios, y así tuvo la dicha de conducirla felizmente al puerto en donde su viva fé en Jesucristo le sirvió de áncora eficaz para ponerse en toda seguridad. » Aunque hizo todos sus esfuerzos para vivir en su retiro desconocida á todas las criaturas, ocultando sus austeridades y sus santas prácticas con tanto cuidado, que el autor de su vida se queja de no poder detallarlas, porque las encubrió con gran atención bajo el velo de su humildad ; sin embargo, Dios que se quería servir de ella para la santificación de un gran número de vírgenes, hizo que el olor de sus virtudes se difundiera insensiblemente, y atrajera á muchas vírgenes al rededor de ella, ya para edificarse con su ejemplo, ya para aprovecharse con sus saludables consejos. Persuadida de su incapacidad, que le hacía creer que mas bien tenia necesidad de ser instruida que no que ella pudiera dar consejos á las otras, la confianza que le dispensaron alarmó su modestia, y al momento sólo respondió con suspiros y sollozos. Esto no impidió que esas vírgenes insistieran en suplicarle que satisficiera sus piadosos deseos ; de suerte que, obligada á hablarles, lo hizo en voz baja, con estas palabras del Sabio : *No hagáis violencia al pobre,*

*porque él es pobre* (Prov. 22-22). Pero ellas persistieron aún más en sus instancias, y también se sirvieron de las palabras de la Escritura, diciéndole : *Dadnos gratuitamente aquello que vos habéis recibido gratuitamente* (Matth. 10-8) ; por temor que escondiendo el talento que os ha sido confiado, no seais castigada como el mal servidor (Matth. 25-20).

Su humildad le impidió aún ceder. Les dijo : « ¿ Porque tenéis tan buena opinión de mi ? Yo no soy más que una pecadora, y no veo que haya hecho ó dicho cosa alguna buena. Si os queréis instruir, todas nosotras tenemos un mismo maestro que es el Señor ; podemos beber las aguas espirituales en las mismas fuentes y nutrirnos con la leche de las mismas tetas, que son los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. »

« Si, le respondieron, nosotras convenimos en estas verdades ; pero ya que Dios os ha hecho la gracia de hacer tantos progresos en las virtudes, y ya que conviene que aquellas que están ya más adelantadas en el camino de la perfección formen en ella á las otras que aun son visoñas, os suplicamos nos hagáis esta caridad, que bien sabéis que Jesucristo, que es vuestro maestro, y nuestro, ha recomendado con tanto encarecimiento. Contened, pues, vuestros gemidos y vuestras lágrimas, y dignaos manifestarnos aquello que debemos hacer para la salvación de nuestras almas. » No pudiendo, pues, resistir más á sus deseos, y esperando que aquello que les diría les sería bastante útil sin que ella recibiera por ello alabanzas, les dirigió un hermoso discurso, del cual más abajo recogeremos las principales máximas, y que contiene verdades prácticas, muy santas y edificantes.

Su historiador, después de haber relatado por extenso estas instrucciones tan edificantes, dice que tambien dió muchas otras de las cuales sacaron gran provecho aquellas

que tuvieron la dicha de oirlas ; pero dice también que las formaba aún más con sus ejemplos que con sus palabras, y que jamás se podría espresar bien los grandes bienes que operó en las almas.

Ella perseveró así en la práctica de las virtudes y de las obras buenas hasta la edad de ochenta años, cuando Dios, que en otro tiempo había permitido al demonio afligir á Job con muchos males, quiso retratar en su servidora la paciencia de este santo varón en los dolores que el maligno espíritu le hizo sufrir. Los de Job fueron más prolongados, dice su historiador ; estos duraron treinta y cinco años, y los de la santa no duraron más que tres y medio ; pero fueron tan agudos, que se pueden comparar á los tormentos que los mártires padecieron, y se puede añadir á esto, prosigue, que á la manera que los tiranos que querían ensañarse más cruelmente contra los servidores de Jesucristo, los consumían poco á poco con un fuego lento, á fin de que el tormento se hiciera aún mas rudo por su duración ; así el demonio encendió en las partes interiores de la Santa, un fuego acompañado de una fiebre aguda que la consumía como una lima sorda, sin darle el menor refrigerio ni de día ni de noche.

No se puede expresar con que constancia sufrió estos crueles dolores. Su espíritu parecía tomar nuevas fuerzas á medida que su cuerpo estaba más acabado por los males ; y bien lejos de ceder al enemigo por el menor sentimiento de impaciencia y de fastidio por sufrir tan largo tiempo, estaba siempre más animada para combatirle. Su celo para las vírgenes, cuyo cuidado la Providencia le había confiado, no por esto se resfrió más ; sino que ella continuó en darles sus santas instrucciones, llamando á sus deberes á aquellas que se separaban de ellos, reanimando á las otras é instándolas á que salieran de su relajamiento, desvaneciendo la ilusión de otras á quienes el espíritu de

las tinieblas engañaba con sus artificios, y confirmando en el bien á aquellas que eran fieles en él. En fin, recomendaba á todas velar con cuidado sobre sí mismas y no relajarse jamás. « Pues les decía muchas veces, las almas consagradas á Jesucristo deben estar en una vigilancia continua y no relajarse en nada, porque el demonio no cesa de tenderles lazos, y, mientras ellas gozan del descanso de la soledad, este enemigo peligroso habiendo sido vencido por su fervor, se retira rugiendo como un leon, pero no se aleja tanto que deje de observar siempre si se dejan arrastrar al sueño espiritual por la tibieza y la relajación ; y cuando ve en ellas la menor negligencia, se presenta de nuevo á atacarlas con furor, de suerte que las vence con tanta más facilidad, cuanto que ellas se creían más seguras ; y aquello que constituía su falsa seguridad le sirve de medio para vencerlas.

« Observad, añadía, que los más malos no obstante siempre tienen alguna cosa buena ; como tambien los buenos no están del todo exentos de defectos. Así en una misma persona se encuentran dos cosas opuestas y que se combaten ; y vosotras veréis que un hombre entregado á los vicios y á la intemperancia, será no obstante misericordioso y caritativo para con el prójimo ; y que otro será casto, que ayunará, que mortificará su cuerpo con prácticas de penitencias, con todas estas virtudes no dejará tal vez de ser avaro y maldiciente. No conviene, pues, despreciar los defectos más insignificantes, como si no pudiesen dañar á nuestra alma. Por ventura ¿ no vemos que el agua que cae gota á gota sobre una piedra la escava con el transcurso del tiempo ? Y como, cuando uno sucumbe á las menores tentaciones, osará jactarse de resistir á las mayores ? »

El demonio viendo que esta grande Santa siempre resistía con tanto coraje á sus esfuerzos, quiso vengarse de

ello sobre el órgano de su cuerpo que empleaba para quitarle las almas, pensando que las apartaría más fácilmente del camino de su salud, á medida que ellas serian privadas de las lecciones que ella les daba; pero quedó engañado en su atentado, pues el ejemplo de su paciencia les sirvió de tanta ó más instrucción que sus palabras. Su constancia admirable que ellas con sus propios ojos veían, no las persuadió menos á practicar la virtud que aquello que habían oido con sus propias orejas; y se puede decir que las llagas de su cuerpo eran como un remedio saludable que curaba las de su alma.

Se juzgará mejor de su heróica paciencia por la naturaleza del mal que el demonio añadió á aquellos con los cuales la había ya herido. De momento sintió un dolor tan vivo en un diente, que la encía al instante quedó infectada de él. El agrio humor que lo causaba se esparció sobre la quijada, y, como un ligero fuego, se comunicó á las partes vecinas; de suerte que al cabo de cuarenta días los huesos quedaron descubiertos, y consumidos en menos de dos meses. La gangrena apareció sobre las otras carnes que fueron respetadas, y en fin le devoró la boca; lo que causó con la podredumbre una infección tan difícil de soportar, que las personas que la servían casi padecían tanto como ella.

En este estado de dolor, muy lejos de buscar lenitivos, no quiso recibir los que sus hijas le presentaban, temiendo no les pareciera que cedía al enemigo que se esforzaba para vencerla; y como hubieran llamado á un médico para juzgar si había alguna esperanza de curarla, les dijo con dulzura: «¿Porque me queréis contener en un combate tan ventajoso? Porque hemos de atender al mal exterior, y no al bien que él puede reportar á mi alma? Porque en fin estais solícitas de esto que yo sufro, sin levantar los ojos á Aquel que me hace partícipe de su cruz?» El médico

que estaba presente le respondió: «Nosotros no pensamos en daros remedios para curaros ni aun para suavizar vuestros males; sólo queremos enbalsamar las partes de vuestro cuerpo que están ya muertas, á fin de disminuir con esto el mal olor que despide y que las personas que os asisten no estén más en peligro de recibir algún mal.» Esta razón la hizo condescender al momento, compadeciéndose de sus hijas; y en vista de estas reflexiones su caridad saltó por encima del deseo que tenía de sufrir. En efecto, por este medio la infección que despedían sus llagas se hizo mucho más soportable.

Aun pasó más de tres meses en este estado, en el cual su cuerpo no se sostenía más que por una virtud divina, no pudiéndolo ser por el alimento que ella no estaba en estado de tomar, ni por el sueño que sus continuos dolores le robaban. En fin, acercándose el término de sus combates, como también la hora de su triunfo y de la corona que le estaba preparada, Dios la consoló con la aparición de los santos ángeles y de muchas vírgenes, que la invitaron á ir á juntarse con ellos en el cielo. También le hizo ver una luz cuyo resplandor no se puede espresar con palabras humanas, y le mostró la arrebatadora hermosura del paraíso, en donde iba á entrar muy pronto. Habiendo vuelto en sí después de este transporte de alegría, recomendó por última vez á las vírgenes que la rodeaban, que combatirán siempre con coraje sin desfallecer jamás, añadiendo estas palabras: «Dentro de tres días estaré separada de mi cuerpo.» También les indicó la hora de su tránsito, la cual habiendo por fin llegado, su alma voló al Señor para tomar posesión del reyno celestial, que debía ser la recompensa de los trabajos que sostuvo tan generosamente durante su vida.